

LOS PROFESORES CABRERA Y SANCHO IZQUIERDO PRIMEROS DOCTORES HONORIS CAUSA DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

El día 27 no hubo descanso para los que trabajaban en la Universidad: el reloj continuaba su paso pero no conseguía impresionar a quienes se esforzaban para que el Edificio Central revistiese toda la solemnidad necesaria el día siguiente. Las cinco de la mañana tuvieron que marchar todo el «mare-magnum» de técnicos, obreros... y de los profesores y alumnos que colaboraron en la empresa.

A las siete de la mañana del día 28 se despertó el Edificio Central; mujeres de limpieza, electricistas, regresaron para dar el último soplo de corrección a todo. Sonaron las diez y todas las puertas estaban asediadas por muchas personas que pretendían entrar. Por fin, con orden, todo el que quiso traspasó el marco del Edificio Central.

EL ACTO ACADEMICO Y EL DIA 28

A las doce y un minuto, empezó a bajar el cortejo, desde el Rectorado y por la escalera noble. Los colores de las mucetas daban vistosidad al docto desfile académico. Primero las más jóvenes fa-

cultades y Escuelas, luego, por orden de antigüedad ascendente los profesores de las Facultades con más solera. Cerraba el cortejo el Gran Canciller, acompañado de las autoridades locales y provinciales. Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer caminaba visiblemente emocionado, ante las salvas de aplausos que se le dedicaban, a su paso. Veía el esfuerzo realizado en 12 años de trabajo incansable; él lidió las dificultades de todo tipo que se le plantearon a la Universidad, durante su desarrollo. Agradecía con la mirada los constantes aplausos que se tributaban a su persona.

El maestro de ceremonias, después del toque de campanilla que declaró abierto el acto, salió del Aula Magna en busca de los doctorandos.

Por los aparatos de TV del circuito cerrado instalado en varios lugares del Edificio Central se vio toda la ceremonia: protocolo y afecto se unen para dar brillantez al acto. Discursos de los nuevos doctores y de sus padrinos. Con las palabras del Gran Canciller se clausuró la sesión.

Al terminar el solemne ac-



Investidura de los dos primeros Doctores Honoris Causa: D. Juan Cabrera y Felipe y D. Miguel Sancho Izquierdo

to académico, la Tuna Universitaria ofreció unas canciones al Gran Canciller que se asomó al balcón central para agradecerlas, así como las aclamaciones de los universitarios congregados en la explanada.

El Claustro almorzó en Belagua y a continuación el Gran Canciller se reunió en tertulia con todos los profesores de la Universidad. Señaló el deber de los profesores de comprender y exigir a los alumnos. Ensalzó la labor que todos ellos estaban realizando dentro de la Universidad y les pidió que tuvieran una visión universal de su trabajo, trabajo que se proyectaba al mundo. Habló de libertad de las conciencias, de comprensión, de cariño para todos.

Mons. Escrivá de Balaguer:

“No hay Universidad propiamente en las Escuelas donde, a la transmisión de los saberes, no se una la formación enteriza de las personalidades jóvenes”.

“Cuando —llegada la plenitud de los tiempos— Cristo iluminó para siempre las arcanas lejanías de nuestro destino eterno, quedó establecido un orden humano y divino a la vez, en cuyo servicio tiene la Universidad su máxima grandeza”.

DISCURSO DEL GRAN CANCELLER

«Es propio de las colectividades en las que campean la alegre esperanza y el ímpetu creador, rodear de ambiente festivo el cumplimiento estricto de un acto de justicia, cuando se honra a unos hombres de bien. Por eso, hoy esta Universidad de Navarra —la más joven entre sus hermanas las Universidades de España— está cumpliendo con gran júbilo las prescripciones de la tradicional *praxis* académica, en la investidura de sus dos primeros Doctores *honoris causa*».

Son dos maestros, que han ocupado sucesivamente el sitial de Rector Magnífico en la Universidad cesaraugustana. Al nombrar al *alma mater* de mis enérgicas tierras de Aragón, no puedo dejar de evocar con ternura los años —nada fáciles para la Iglesia ni para la Patria— en los que acudí yo también a las aulas de su antigua casona, para seguir los estudios de Leyes. Más tarde, cuando en mi vida —orientada por la voluntad de Dios— ha sido preciso en tantas ocasiones actuar con criterio jurídico, de seguro que ha gravitado en mi alma, junto a las luces de la Teología y de las otras ciencias sagradas, aquel sentido del Derecho que aprendí en mis tiempos de estudiante universitario en Zaragoza.

A esa Universidad honra-

mos ahora, en las personas de sus dos Rectores Magníficos. Pero también a cada uno de ellos: a sus largos años de profesorado, a sus aportaciones a la ciencia, a su ejemplaridad personal. Al hacerlo, damos testimonio solemne del afecto, que a nuestra Universidad de Navarra estos eminentes profesores han probado con notorios hechos.

Don Miguel Sancho Izquierdo es, en efecto, un noble cultivador de la Filosofía del Derecho. Muchas promociones de licenciados, que de su saber aprendieron los conceptos básicos del jurisperito y la norma del profesional honesto, respaldarán ahora con su emocionada adhesión la feliz iniciativa —particularmente gozosa para mí, porque me honro de haber sido su alumno en las aulas cesaraugustanas—, que adoptó oportunamente la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad, a la que él dispensó desde el primer momento la benevolencia y la generosa acogida que caracteriza a los grandes espíritus.

Don Juan Cabrera y Felipe hace ya mucho tiempo que vino a los paisajes del Moncayo y del Ebro, desde aquellos otros hermosos paisajes rientes y marinos que desde la Antigüedad vienen siendo llamados islas afortunadas. Los

saberes del mundo físico han sido y siguen siendo su tarea científica. Unido a ellos por una alta tradición familiar, él ha sabido acrecerlos por su parte y enseñarlos con fervorosa dedicación, dejando atrás sin encono incomprensiones de la vida. Al refrendar como Gran Canciller la propuesta de su nombramiento que formuló la Facultad de Derecho, me complace especialmente que haya correspondido al Presidente General del Opus Dei —Obra que algo sabe también de incomprensiones— ofrecerle esta muestra pública de estimación, como cristiano y como científico.

Miremos con ánimo grande hacia el porvenir. Ayudar a forjarlo es labor de muchos, pero muy específicamente empeño vuestro, profesores universitarios. No hay Universidad propiamente en las Escuelas donde, a la transmisión de los saberes, no se una la formación enteriza de las personalidades jóvenes. Ya el humanismo helénico fue consciente de esta riqueza de matices. Pero cuando —llegada la plenitud de los tiempos— Cristo iluminó para siempre las arcanas lejanías de nuestro destino eterno, quedó establecido un orden humano y divino a la vez, en cuyo servicio tiene la Universidad su máxima grandeza».

